

logía, su intachable poética, valiéndose de un lenguaje cuyo uso prodigioso pone cada palabra en su lugar exacto, de manera que incluso términos prosaicos se ensalzan contagiados por el ensalmo casi demiúrgico de su limpia sintaxis, en la que los lugares comunes, los nombres propios y hasta las eruditas referencias literarias, despojándose del ropaje cotidiano para tomarse música." El libro, ciertamente, constituye una síntesis del historial estético de su autor, cimentado, como la mayoría de sus obras, en el verso alejandrino, que sabe manejar con soltura. Misa de Navidad, por el contrario, reincide en el acento confesional de Padrenuestro sin más, cerrando la nómina bibliográfica de Arteaga dentro de esta corriente, cuyas reminiscencias, no obstante, localizamos en otros libros, caso de La espalda de Adán (1984), símil que alude a la región castellano-manchega, y, en menor medida, al resto de su obra publicada.

Tras este paréntesis necesario, desparramado en el tiempo, coherente, desde luego, con la religiosidad del poeta, retomamos el hilo de su obra profana en 1983, con Umbral de la distancia. Nos encontramos, de nuevo ante un intimismo viril y plural que, lejos de conducirnos a paraísos artificiales o cotos con el rótulo de privados, pretende abrirse, abrírsenos, condenando la soledad, proclamando el amor. Intimismo, sinónimo de introspección, es decir, instrumentos epistemológicos, pinceles con los que intenta el poeta un retrato de grupo que le incluya, un poco a lo Velázquez en las Meninas. Más, el hecho de retratarse, presupone enmarcarse, saberse limitado, sujeto y objeto de un devenir común cuya vasta simbología informará, por tanto, la intencionalidad de uno y cada uno de los poemas, transmitiendo al lector el desafío incitante de la distancia e invitándole, con sublime obsesión, a abdicar de la blanda mollicie del conformismo, en busca de una acaso imposible biografía, perpetuamente en trance de escribirse. Valentín Arteaga nos propone un viaje de ida. El retorno es la meta. El principio y el fin se funden y confunden, peculiar singladura no exenta de peligros y peripecias, donde la decepción, a veces, impone un retroceso dialéctico, un detenerse a palparse y reconocerse, en medio de la duda o el asombro.

Valentín Arteaga transfigura la realidad, se superpone al tiempo en su noción kantiana, y el poeta, que intuye la divinidad, contempla la historia desde una perspectiva próxima al panteísmo, cuyo sentido místico tiñe el discurso poético. Hemos ante una mística de nuevo cuño, portadora de conceptos que la alejan de sus connotaciones primitivas, actitud que comporta, ante todo, una carga testimonial cuya correlación estética se cifra en la metáfora, en lo alegórico, en tanto que coberturas emblemáticas de unos significantes que no se bastarían así mismos para abarcar el ámbito de la intuición o el sueño con los cuales transcribe el poeta sus ansias de infinitud, y es por ello el lenguaje se distorsiona a veces, no en hábiles recursos estilísticos ni a la caza y captura de un hermetismo tendente a la ocultación, y sí, por el contrario, inmerso en una lúdica investigación de estructuras capaces de armonizar fondo y forma, obteniendo de los sintagmas un doble rendimiento, expresivo y melódico, al apoyar en ellos ritmo y significado.

Más aún no nos hemos referido a la presencia de la memoria en la obra poética de Valentín Arteaga. El ejercicio del recordar la informa, sin embargo, con continuos buceos a la infancia y el rescate de todo lo vivido. En Las barcas de la memoria, esta facultad excederá, no obstante, sus límites intelectuales para llegar más